

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

Julien Benda y los clérigos. El centenario de Tolstoi



Julien Benda ha escrito recientemente un libro sobre los *clercs*, sobre la traición de éstos (es el volumen publicado por el editor Grasset). Emplea el término *clerc* en el sentido en que se usaba en la Edad Media: no es precisamente este miembro del clero que ha recibido órdenes mayores o menores, sino un hombre culto que ha estudiado en escuelas, que sabe latín, en oposición al laico que lo ignora. Desde que apareció el volumen, el escritor combate a los que le dan interpretaciones que juzga erróneas, insiste, se irrita y se apasiona. Según él, el clérigo, a usanza medioeval, debe dirigir admoniciones a la gente laica, combatir la ambición de los pueblos, renunciar a las grandezas de carne de que hablaba Pascal, mantenerse resueltamente al margen de lo que es egoísta, terrenal y prosaico. El *clerc* austero y verídico ofende con su predicación a los laicos y éstos, en natural reacción, le destie-ran o le condenan a muerte como a Sócrates.

El ensayo es ingenioso y brillante, y parece dirigido contra los doctores de la *Action Française*, el diario nacionalista. Para el autor, Barrès y Maurras, sobre todo el último, han traicionado la causa que debían servir, porque en vez de defender un legado espiritual, han endiosado al Estado, exaltando intereses positivos. Gracias a ellos, la nación francesa se altiva con desmesura. Así como se muestra infiel el laico a lo que debe ser su tarea cardinal cuando pide que sean abolidas las fronteras

y que reine el amor universal, así también, si el sacerdote de un culto exclusivamente espiritual vuelve espaldas a su patria celeste, se hace indigno de su alta función.

M. Benda piensa con rigor lógico, pero es nervioso y atarantado en la vida. Recuerdo que, en una ocasión, almorzando con él, mientras trataba seguras razones, se tomaba el pulso a cada instante, inquieto por su salud. Menudo y frágil, combate con acedia. Polemista en *Belfegor*, al acusar a una sociedad desvaída que ha perdido el hábito de pensar y sólo busca emociones y un peligroso frenesí; sagitario cuando lucha con el bergsonismo triunfante, persigue ahora a un grupo estrecho y heroico, apretado por una coalición de poderes hostiles.

Nos parece demasiado radical la oposición que establece entre el ideólogo y el hombre de acción, el primero que enseña verdades contrarias al dominio de la tierra, que son pálidas entelequias, y el segundo que se instala sólidamente en el orden de lo agible. ¿Por qué tal separación? Concebimos a idealistas que aspiren a plasmar realidades y acepten de la experiencia lecciones y correcciones. Stuart Mill enseñó que el progreso es siempre obra de espíritus descontentos. Ellos aguijan a sociedades rutinarias y las transforman. M. Benda acusaba al filósofo Bergson de obedecer al instinto de su raza y ser oriental sin quererlo y quizás sin saberlo, en metafísica. El que también es israelita, puede ser emparejado con los profetas porque siempre critica y condena y le parece impuro todo reino terrestre.

El 9 de este mes de Septiembre se celebró el Centenario del nacimiento de un *clerc* admirable, evangelista y vaticinador. Tolstoi vió la luz en Yasnaia-Poliana. Los diarios publican datos biográficos del gran escritor ruso, comentarios sobre su obra múltiple. Sabemos que vivió en Petrogrado, San Petersburgo en su época, que se movió en la buena sociedad y sirvió en el ejército. Como oficial, tomó parte en el sitio de Sebastopol durante la guerra de Crimea. En 1851 le hallamos en un regimiento en el Cáucaso; diez años después recorriendo Europa. Aristócrata, hombre de fuertes pasiones, ama la gloria, el juego y el amor. En ese año vuelve a Yasnaia, después de haber conocido la cultura de viejos pueblos, el vicio porque se sintió agobiado por deudas, el dolor al morir en París su hermano dilecto, Nicolás. El 23 de Septiembre de 1862, contrajo matrimonio, en Moscú, con Sofía Behrs. Escribió entonces, en años extraordinariamente felices, sus dos obras capitales, *Guerra y Paz*, suerte de epopeya castiza, inmenso y magnífico fresco, y *Ana Karenin*. «*Guerra y Paz*, novela de primer orden»

escribió Flaubert a Turguenef en 1880, libro sublime en su primera parte. «El primer escritor contemporáneo» decía Turguenef al ofrecer un ejemplar de la obra a su amigo. Cuando Tolstoi se derrama en apreciaciones filosóficas, Flaubert se aparta de él, le critica, y Turguenef escribe: «*Flaubert dixit*; para mí está decidido el caso, está juzgado el talento del maestro ruso en lo que tiene de inferior y en su grandeza.»

Con tan altos dones, a despecho de una popularidad en creciente, Tolstoi aspira a separarse del arte puro para desdeñarlo más tarde y decir de *Guerra y Paz* y de otros libros «que son indiferentes, insignificantes y malos, que sólo pueden ofrecer satisfacciones de orden inferior». El joven Tolstoi, con la pluma y una intensa propaganda, secunda desde 1855 al César paternal, a Alejandro II, el cual se preocupó desde su advenimiento al trono de la emancipación de los siervos. Emancipar a los demás, a los que sufren, a una clase miseranda, es también libertarse a sí mismo, desnudarse de preocupaciones secundarias y vencer pasiones. En su noble empeño, Tolstoi es *clerc*, si aceptamos la definición de M. Benda, hombre de Dios y santo medioeval. Desde su mocedad, en la universidad de Kazán leyó a Rousseau, profesó ideas liberales, se preparó a vivir con los aldeanos y los obreros. La sociedad que le rodeaba, la civilización occidental importada en Rusia, encuentran ya en él a un precoz enemigo. En su madurez se transmutará en mujik, cultivará la tierra con sus propias manos, huirá del mundo y de sus pompas ilusivas. Cristiano fundamental, artista a pesar suyo, se consagrará a la enseñanza religiosa en libros claros e insistentes sobre la verdadera vida, el deber inmediato, el trabajo y la oración. Comentaré el Nuevo Testamento, explicará y defenderá su fe, será exégeta y predicador. En Yasnaia, donde nació, se ha instalado como profeta. Desde allí, denuncia la guerra, la codicia de las naciones, el imperialismo, condena a la Iglesia nacional, escribe al Zar. Aconseja paz a los pueblos, la renuncia a bienes que son precarios, la humildad, la mansedumbre. No ha de resistirse al mal, según este fuerte y dulce maestro que predice a Gandhi, el Mahatma de la India transformada.

Para que su vida esté en consonancia con su obra, abandonó el escritor en 1888 todas sus propiedades. Pero, en virtud de una contradicción que le angustió hasta su muerte, débil en su propia casa, sujeto a diversas influencias, conservó siempre su manera de vivir, abundante y señorial. Entre tanto, consuela a los desgraciados, a él se dirigen los peregrinos, los que padecen hambre y sed de justicia y de amor. La Igle-

sia ortodoxa lo excomulga. El ya se había separado de esa comunión y la había acusado de haber celebrado impuros pactos con el zarismo tiránico. A veces parece un *starez*, monje de alma sublime; otras un anciano homérico, un acerbo profeta en ocasiones, un gigante de barba fluvial ligado por nudosas raíces a la tierra que ama y que cultiva, o simplemente un hombre infinitamente entristecido porque no ha sabido ordenar su caos interno. Por espacio de 20 años aspira a huir de su casa, a separarse de su familia, a poner término a dolorosas contradicciones. Al fin, en 1910, octogenario ya, rey Lear de la estepa, sale una noche de Yasnaia, vaga por frías soledades y muere en una pequeña ciudad, en concierto con sus aspiraciones más profundas y en paz con Dios.

Nuevos documentos nos permiten ahora explicar la íntima tragedia. Una hija de Tolstoi, Tatiana Sukotin-Tolstoi, ha estudiado algunos aspectos de ella. De su madre escribe:

No comprende que sus sufrimientos provienen de la incompatibilidad que existe entre su idea del matrimonio y la realidad. Para ella todo terminaba en la vida de familia: ser mujer amante y fiel, madre devota, tal era el deber que se había impuesto, y Dios sabe que honradamente lo cumplió durante toda su larga vida. Quería que así fuera también para él. Pero, ¿podía Tolstoi limitar sus intereses a las exigencias de la familia y ser tan sólo marido y padre?

La condesa Tolstoi expresó de esta manera su pensamiento en repetidas ocasiones: yo vivo por él y para él y exijo la misma cosa para mí. En cierta manera ambos tenían razón, defendían, como la hija nota, algo que importaba más para ellos que la misma vida, la madre, el bienestar de sus hijas y la dicha de ellas, en armonía con su manera de considerar las cosas; Tolstoi defendía su alma. Retrocedía siempre, no quería hacer sufrir a los suyos, entre dos deberes escogía el más duro para él, el abandono de su fe. Sus amigos le aconsejaban que rompiera con su familia y viviera de acuerdo con sus creencias. ¿Cómo toleraba que, en su mansión, domésticos de guante blanco sirvieran la mesa simple y rica? También el bramán, al madurar, abandona su casa y busca en la floresta paz y soledad.

El profeta, el hombre divino, como le llama Gorki, medita y sufre en silencio: «No podeis imaginaros, escribió en su diario, hasta qué punto mi verdadero yo es despreciado por los que me rodean», el yo esencial que él deseaba salvar. Ahora comprendemos mejor, después de estas publicaciones, algunos apuntes de ese diario en el período comprendido entre 1895 y

1899, las afirmaciones del gran escritor misógino, autor de ese libro torturado, la *Sonata de Kreutzer*.

Las mujeres son débiles y no quieren confesarlo. Desde hace 60 años, la mujer baja continuamente en mi estimación. Continúa bajando. Comprendo que el feminismo constituye un problema; pero la solución de él no está en que la mujer gobierne al mundo sino en que deje de aniquilarlo. El matrimonio, lejos de traer la felicidad, engendrará siempre sufrimientos como compensación a la satisfacción de los sentidos.

Tolstoi no soporta la vida que le ha sido impuesta, su alma está triste hasta la muerte. A medida que se acumulan oposiciones en su existencia, se muestra duro, injusto para su mujer sexagenaria que representa la prosa necesaria de la existencia, mientras que él vive en plena utopía, en el reino superior de la fe. Ungido por sentimientos de asco y rebeldía, llega a escribir en su diario, al abandonar su casa, en la noche del 27 al 28 de Octubre de 1910: «No sé si me equivoco al considerar que tengo razón, pero me parece que es algo, no a León Nicolaievich sino ese algo que, por poco que sea, existe en mí».

Los escritores rusos se refieren siempre a dos principios contrarios que combaten en el alma nacional, en erronía a todo posible concierto, Apolo y Cristo. Imaginaos que lucharon siempre en el espíritu de Tolstoi el Apolo de su juventud y el Cristo de su madurez, el Hombre-Dios y el Dios-Hombre, el individuo titánico que desata sus pasiones y el cristiano que se desnuda de ellas en firme ascetismo.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

La nueva poesía catalana



CUANDO se habla del renacimiento literario catalán y se le enmarca dentro de una suma determinada de años, se olvida lo principal: anotar que no ha culminado aún. Sacar una lengua del olvido y la muerte, darle flexibilidad y matices, producir creaciones del valor de un Maragall, de un Alcover, de un Ruyra, de Víctor Catalá, José Carner, López Picó y otros, constituye un esfuerzo y un fenómeno sin precedentes en la época moderna.

Verdaguer en su estro tumultuoso y rico de verbalismo coloreado, fué el revolucionario que destruyó la calma y removió